

# De aquí y de allá

Festivales, muestras, semanas y premios. Cine espectáculo, cine de autor... Todo cabe, para reanimar al enfermo. Ya es tópico hablar de la muerte del cine en manos del vídeo y del ordenador personal, olvidando, quizá, que los soportes electrónicos no hacen más que fagocitar películas (antiguas, buenas, malas y ahora casi nuevas) para su propia explotación paralela. Los puristas, desde luego, abominan de este soporte, porque modifica el formato original robando imagen por sus cuatro costados, altera el color original y cambia la relación obra-espectador eliminando el rito colectivo de las salas oscuras.

Sumariamente (hemos tratado aquí el problema en varias ocasiones) se podría reiterar que la actual crisis del cine es ante todo un problema económico e industrial, donde el cine busca nuevas formas de subsistir en sus diversos estados de producción y explotación. Las actuales, probablemente de transición, oscilan entre la apuesta holywoodense, que consiste en presupuestos gigantescos, temas adolescentes y trucos electrónicos, frente a los intentos marginales y más modestos de los cineastas (europeos o iberoamericanos) que arriesgan propuestas adultas, donde las ideas y la expresión tienden a compensar el vacío galáctico o humano de las superproducciones. Es allí donde los tantas veces vituperados festivales de cine adquieren una dimensión diferente, que en mejor de los casos, más allá de la fiesta, tienden a congregarse un nuevo tipo de espectador: curioso, a veces conmovedoramente fanático de géneros nuevos, films olvidados o figuras legendarias que reviven incansables en sus tumbas de celuloide.

## El Imagfic 86

La experiencia indica que en el variopinto mundo de los festivales, el secreto está en conseguir una imagen propia. Esto es difícil, ya que hay en el mundo cerca de 300 certámenes más o menos especializados. Cortos y largos, internacionales y nacionales (a veces juntos), coinciden en constituir un lugar de encuentro y confrontación para cineastas, intérpretes, autores, distribuidores y productores. En los más conspicuos, como Cannes (el más poderoso e influyente) el certamen artístico se ha convertido sobre todo en un inmenso mercado, donde se compran y venden films o se tejen nuevos proyectos. Venecia, en los últimos años y tras una larga desaparición, optó por dar primacía al prestigio artístico y al redescubrimiento más o menos azaroso de nuevos autores. Este último y estimulante rasgo (que había sido el acento propio del desaparecido Festival de Mar del Plata en sus mejores tiempos) debería ser potenciado en los certámenes grandes, pero suele tener un puesto secundario, oscurecido por el baile de estrellas en las Secciones Oficiales. Algo que sucede en las secciones paralelas de Cannes y Berlín, un poco disminuídas por la crisis de valores que aqueja desde hace años a todo el cine mundial.

Son los certámenes pequeños como Rotterdam, Pésaro, Cádiz, Benalmádena (lamentablemente en receso) o este *Imagfic*, quienes aportan cierta inquietud para descubrir parcelas poco conocidas del cine que se hace en las regiones más diversas del planeta. El *Imagfic*, que ha crecido notablemente en sus posibilidades, ha puesto su acento en esos sectores abandonados por los grandes mercados de films. Su nueva sección «Los nuevos bárbaros», por ejemplo, es un buen intento de rescatar géneros y autores jóvenes que rara vez acceden a los grandes circuitos. El *Imagfic* comenzó hace siete años con la propuesta de especializarse en los géneros del cine fantástico, de ciencia ficción y de horror. Poco a poco, a pesar de que obtuvo hallazgos originales y una creciente adhesión de un público joven, se amplió el espectro hasta las más variadas temáticas, pero sin abandonar su definición que de por sí abarca una gran parcela: lo fantástico y la imaginación, que son partes inalienables de la realidad. Por añadidura, ha convertido el torneo de la imagen y la ficción en un ya consolidado festival para Madrid, contradiciendo con éxito la tradición de que las grandes capitales no son el lugar ideal para este tipo de actividad.

El *Imagfic 86* se estructuró en una Sección Oficial Competitiva; una Oficial Informativa (hasta aquí se sigue la tradición); una sección de Cine Fantástico, otra de Cine Negro denominada «Luces y Sombras», la dedicada al cine de animación (no muy extensa pero apoyada por los cortometrajes de las demás secciones), Los Nuevos Bárbaros (donde como es previsible hubo de todo) y una sección Medianoche, que contuvo algunos films ya lejanos pero inolvidables, como *La noche del cazador*, única película dirigida por Charles Laughton y dos obras tempranas de Stanley Kubrick: *Killer's Kiss* y *The Killing*.

Hubo también Ciclos Homenaje. Uno de ellos, de extraordinario interés, estuvo dedicado a la obra del gran actor y director independiente americano John Cassavetes, donde se exhibieron versiones originales de sus películas, desde la mítica *Shadows* (1958-59) hasta *Love Streams* (1984). El festival también editó —otra iniciativa interesante— un documentado libro sobre Cassavetes, escrito por Carlos F. Heredero. Otro ciclo permitió conocer la obra del cineasta Mark Rappaport, de Estados Unidos, mucho menos conocido que Cassavetes, pero aún más alejado de los circuitos comerciales. Su obra es de un vanguardismo algo añejo, pero curiosa y sin duda poco habitual. Un catálogo dedicado a reseñar a este autor, a los dibujantes de animación Paul Driessen (Holanda) y Yuri Norstein (URSS) fue otra de las ediciones del Festival. En el mismo se reseñaba también la obra del cineasta Robert Weiss, del cual proyectó un ciclo con sus primeras películas. El cine de Hong-Kong, exótica novedad, también se presentó en este catálogo y tuvo su ciclo, que como sorpresa no se centró en el conocido género de karate.

El ciclo paralelo restante estuvo dedicado a la Comedia costumbrista madrileña y al cine fantástico checoslovaco; ambos de interés pero algo parcos en películas. El primero también tuvo un libro dedicado a este género del cine español, del cual se exhibieron *La vida por delante* (1958) de Fernando Fernán Gómez; *Los tramposos* (1959) de Pedro Lazaga; *Mi calle*, (1960) de Edgar Neville; *La ciudad no es para mí* (1965) de Pedro Lazaga y *Tigres de papel* (1977) de Fernando Colomo.

## La sección competitiva

Esta suele ser la parte más ardua de un Festival, porque requiere películas nuevas. Junto a los descubrimientos imprevisibles, es a veces inevitable que se cuelen ciertos tributos al «show business» más comercial, como fue el caso de *To Live and Die in L.A.*, de William Friedkin, el director de *French Connection*. Es un producto bastante típico de la industria de Hollywood, con abundantes crímenes, sexo y violencia, que pese a sus sofisticados efectos premios (obtuvo un premio por ese rubro) no excede el nivel de una serie televisiva donde toda creatividad esta ausente.

Todo lo contrario del anterior fue *Le thé au harem d'Archimede* film francés del argelino Medhi Charef, que obtuvo el premio a la mejor película. Sin duda parte de una experiencia personal, vivida, como emigrante argelino en Francia. Pero esto no disminuye, al contrario, los méritos de este film notable, lleno de sensibilidad, ternura y terrible sinceridad. La trama, laxa y formada por breves anécdotas que contribuyen a un amplio fresco, relata la vida de los inmigrantes árabes entre la miseria y la supervivencia, sin excluir la xenofobia. Pero como para demostrar que esa miseria no es un privilegio nacional, el film describe también la amistad entre un adolescente argelino y uno francés, quizá los únicos que no se sienten ligados al duro mundo en que se mueven. Fruto de ese exilio económico, el joven Madjid ya no se siente vinculado a la tradición materna y apenas entiende ya el árabe, aunque tampoco puede entrar como igual en esta otra sociedad que lo discrimina. Sin deber nada a ismos ni modelos, *Le thé au harem...* posee algo de la fresca testimonial del primer neorealismo y el acercamiento sensible a la gente (especialmente a los niños y adolescentes) del Truffaut inicial. La riqueza humana de la observación y la síntesis expresiva de sus imágenes lo alejan absolutamente del costumbrismo exótico o del alegato lineal. Una gran «opera prima».

También se coloca entre lo más valioso del festival, *Defense of the Realm*, un film que parece confirmar el renacimiento del cine inglés. David Drury, que procede del documental y la televisión, construye con rigor los entretelones de una sórdida historia de presiones y chantajes oficiales para encubrir los peligros de una base de misiles atómicos norteamericanos enclavada en Inglaterra. Una investigación periodística sobre misteriosas muertes lleva inexorablemente al protagonista a descubrir los entretelones políticos del suceso. Un diputado será acusado falsamente de vinculaciones comunistas para evitar que lleve adelante una interpelación sobre el accidente nuclear de la secreta base militar. Las múltiples presiones para encubrir la verdad, no evitan al fin que la noticia se publique en el extranjero. Pero el reportero y una colaboradora serán eliminados. El film de Drury plantea con elocuencia y valentía el inquietante problema de un Estado sin escrúpulos (aunque con máscara democrática) que avanza sin cesar sobre las libertades en su carrera de alianzas belicistas. Este film no obtuvo premios del jurado oficial, pero sí el de la crítica.

También merece destacarse una obra esperada: *Kaos*, de los italianos Paolo y Vittorio Taviani. Está basada en relatos de Luigi Pirandello ambientados en su Sicilia natal. Es por lo tanto un film en episodios de larga duración (187 minutos) cuya estructura se explica al estar concebido para la emisión posible por televisión. Todos los relatos son interesantes, pero de logro desigual. Destaca la brutal dramaticidad del primero, *El otro*